

Relatos para una cuarentena



EDICIONES TRAPIES

Relatos para una cuarentena



Editado por Ediciones Traspies

www.traspies.com

foto@traspies.com

© de la traducción Los traductores

© de la edición Ediciones Traspies, C. B.

Edición no venal

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

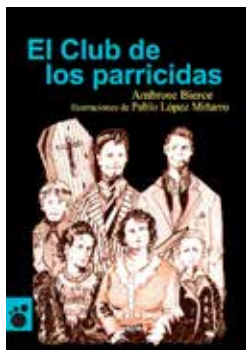
Hace siglos unos jóvenes aislados por la cuarentena en las afueras de Florencia se dedicaron a contar cuentos hasta completar uno de los libros más fascinantes: el Decameron. En esta nueva cuarentena Ediciones Traspies pone a disposición de los lectores relatos que les harán reír, llorar o entusiasmarse, sin salir de casa.

Mi asesinato preferido

Ambrose Bierce

Traducido por Jesús Aguado

Del libro *El Club de los parricidas*



Después de asesinar a mi madre de manera especialmente horrible, fui arrestado y llevado a un juicio que se prolongaría durante siete años. Al exponer sus conclusiones a los miembros del jurado, el juez del Tribunal de Absolución afirmó que el mío era uno de los crímenes más espantosos con los que había tenido que enfrentarse.

Al escuchar eso mi abogado se levantó y dijo:

“Con la venia de su Señoría, los crímenes son espantosos o soportables sólo por comparación. Si usted conociera los detalles del asesinato anterior de mi cliente, el de su tío, sabría ver en este otro delito suyo (si es que puede denominarse así) la dulce indulgencia y la piedad filial que demostró a su víctima. El atroz ensañamiento de ese otro asesinato sí que tenía que haberle ganado un veredicto de culpabilidad. De hecho, difícilmente se habría librado del mismo de no haber sido por la circunstancia de que el hono-

nable juez que presidía el juicio era también el presidente de una compañía de seguros con la que mi cliente había suscrito una póliza contra el ahorcamiento. Si su Señoría tuviera a bien aceptar escuchar, para su propia edificación, el relato de lo entonces acontecido, mi cliente, a pesar del dolor que eso le causaría, no pondría reparos en hacerlo bajo juramento”.

El fiscal del distrito intervino:

“Protesto, su Señoría. Esa declaración constaría como prueba, algo que el estado actual del proceso, que cerró en la primavera de hace tres años, en 1981, el período de aceptación de pruebas testimoniales, ya no permite.”

“Reglamentariamente hablando”, dijo el juez, “tiene usted toda la razón. De hecho, en un Tribunal de Recursos y Tecnicismos se la darían sin rechistar. Pero no olvide que estamos en un Tribunal de Absoluciones. Protesta denegada”.

“Entonces recuso”, dijo el fiscal del distrito.

“Tampoco puede”, dijo el juez. “Le recuerdo que para hacerlo tendría primero que conseguir transferir este caso al Tribunal de Recusaciones, algo para lo cual necesitaría presentar una instancia debidamente cumplimentada. Supongo que está al tanto de que le negué una demanda similar a su predecesor en el cargo durante el pri-

mer año de este juicio. Oficial, tome juramento al acusado”.

Una vez prestado el juramento según la fórmula habitual, procedí a realizar mi declaración. Una vez escuchada, el juez quedó tan impresionado por la trivialidad del acto por el que se me juzgaba, en comparación con los hechos que yo acababa de relatar a la corte, que, sin necesidad de buscar circunstancias atenuantes, instruyó al jurado para que me absolviera. Gracias a eso pude abandonar la sala libre de cargos y con mi reputación intacta.

“Nací en 1856 en Kalamakee, Michigan, de padres honestos y de gran reputación, uno de los cuales, alabado sea el cielo, aún vive para ayudarme a sobrellevar el peso de mis últimos años. En 1867 nos trasladamos a California y nos establecimos cerca de Nigger Head, donde mi padre abrió un negocio para asaltar viajeros, gracias a la cual prosperó más de lo que había codiciado. Él era una persona reservada y dada a la melancolía, disposición que se ha relajado un poco con el tiempo, ya que ahora, de no ser por la tristeza que le embarga cuando me ve en este triste estado, ríe con mayor espontaneidad.

A los cuatro años de haberse fundado la empresa se presentó un predicador itinerante que, al no tener nada más con que pagar nuestro pea-

je, lo hizo con un sermón tan convincente que todos los que lo escuchamos nos convertimos. Mi padre hizo venir enseguida a su hermano, el Honorable William Ridley de Stockton, al que, cuando llegó, le traspasó el negocio sin cobrarle nada por la franquicia ni por el material, es decir, un rifle Winchester, una escopeta de cañones recortados y un juego de antifaces hechos con sacos de harina. La familia entonces se mudó a Ghost Rock y abrió un salón de baile al que puso de nombre 'El organillo: el reposo de los santos' y donde cada noche, antes de comenzar la música, se realizaba una oración pública. Fue allí donde mi santa madre se ganó, gracias a sus habilidades como bailarina, el sobrenombre de 'La morsa salvaje'.

En el otoño de 1875 tomé en Ghost Rock la diligencia que se dirigía hacia Malhala para visitar Coyote. En ella había otros cuatro pasajeros. Tres millas más allá de Nigger Head, unas personas que pude identificar como mi tío William y sus dos hijos nos asaltaron. Al no encontrar nada en la bolsa de correos, decidieron registrarnos a nosotros. Me comporté del modo más honorable: me puse junto a los otros pasajeros, alcé mis manos y dejé que me robaran cuarenta dólares y un reloj de oro. Nadie hubiera podido sospechar

que conocía a los caballeros que habían organizado ese espectáculo. Unos días más tarde, cuando fui a Nigger Head a reclamar la devolución de mi dinero y de mi reloj, tanto mi tío como mis primos juraron que no sabían de qué les estaba hablando y además afirmaron que, en flagrante violación de nuestro acuerdo comercial, habíamos sido mi padre y yo los verdaderos asaltantes. El tío William llegó incluso a amenazarme, en venganza por nuestra mala fe, con abrir otro salón de baile junto al nuestro para hacernos la competencia. Como 'El organillo: el reposo de los santos' había dejado de ser rentable, me di cuenta de que no era tan mala idea, por lo que le ofrecí a mi tío pasar por alto nuestro desencuentro y hacerme socio suyo a espaldas, claro, de mi padre. Cuando rechazó un trato tan justo sentí de pronto que las cosas me irían mejor si él estuviera muerto.

Pronto tuve un plan para alcanzar ese fin que mis padres, cuando les puse al corriente del mismo, me dieron la alegría de aprobar. Mi padre me dijo que se sentía orgulloso de mí. Mi madre, por su parte, me comunicó que, aunque su religión le prohibía colaborar en la muerte de un ser humano, me ayudaría a tener éxito rezando por mí. Como medida preliminar, y para cubrirme las espaldas en caso de ser descubierto, solicité

mi ingreso en la influyente orden de Los Caballeros del Crimen, que me acabaron aceptando como socio adscrito a la comandancia de Ghost Rock. Cuando finalizó mi período de prueba en ella, se me permitió consultar los registros de la orden para saber quiénes pertenecían a ella, ya que hasta ese momento todos los rituales a los que me habían sometido habían estado siendo oficiados por personas enmascaradas. ¡Imaginen mi sorpresa cuando descubrí que el tercero de la lista era mi tío, que, de hecho, constaba como vicescanciller adjunto de la orden! Ni en mis sueños más desenfundados podía haber disfrutado de una oportunidad semejante: sumar al delito de asesinato otros dos, el de insubordinación y el de traición. Es lo que mi buena madre habría denominado ‘un designio de la Providencia’.

Por esa época sucedió algo que hizo que mi copa del júbilo, a punto ya de desbordarse, acabara convirtiéndose en una catarata circular. Tres forasteros fueron arrestados por el asalto a la diligencia en el que yo había perdido mi dinero y mi reloj. Fueron llevados a juicio y, a pesar de mis esfuerzos por liberarles inculcando en su lugar a tres de los más respetables ciudadanos de Ghost Rock, fueron condenados sin apenas pruebas. Ese hecho haría que el asesinato de mi tío pareciera tan

injustificable y disparatado como pudiera desearse.

Una mañana me eché mi rifle Winchester al hombro y me dirigí a la casa de mi tío, que estaba cerca de Nigger Head. Una vez allí le pregunté a mi tía Mary, su mujer, si se encontraba él en casa, añadiendo que pensaba matarle. Mi tía, sin perder su sonrisa habitual y pidiéndome perdón de antemano por dudar de mí, me dijo que eran tantos los caballeros que se dirigían allí con la misma intención y que luego se marchaban sin haber conseguido su objetivo, que no creía que en mi caso fuera a ser distinto. Añadió que no tenía pinta de ser capaz de matar a nadie, por lo que, para demostrarle que se equivocaba, apunté a un chino que pasaba por allí y le disparé. Me aseguró que conocía familias enteras dispuestas a hacer algo así, pero que acabar con Bill Ridley era harina de otro costal. Sin embargo, me dijo que le encontraría en el corral de las ovejas, al otro lado del arroyo, y que esperaba que ganara el mejor.

Mi tía Mary es una de las mujeres más imparciales que he conocido en mi vida.

Encontré a mi tío arrodillado, ocupado en esquilar una oveja. Viendo que no tenía a mano ni su escopeta ni su pistola, no tuve valor para dispararle, así que me acerqué a él, le saludé con

amabilidad y le golpeé la cabeza con todas mis fuerzas usando la culata de mi rifle. Como este es un lance que se me da bien, el tío William cayó de costado, rodó sobre su espalda, se le crisparon los dedos y tembló. Antes de que pudiera recuperar el uso de sus miembros, cogí el cuchillo que con el que él había estado trabajando y le corté los tendones de Aquiles. Como su Señoría sabe, cuando a alguien le sucede eso ya no puede hacer uso de sus piernas. De hecho, es como si ya no tuviera piernas. Le seccioné, como decía, ambos, por lo que cuando recuperó el conocimiento le tenía completamente en mi poder. Cuando comprendió su situación dijo:

‘Samuel, ahora que me tienes en tus manos te puedes permitir ser generoso. Sólo tengo un deseo: que me lleves a mi casa y que termines conmigo rodeado de mi familia’.

Le dije que su petición me parecía razonable y que haría lo que me pedía si me permitía meterle en un saco de trigo. Así podría llevarle más fácilmente y llamaría menos la atención de los vecinos con los que pudiéramos cruzarnos. Como estuvo de acuerdo, me dirigí al granero a buscar un saco. Éste, sin embargo, no era de su talla, ya que era mucho más corto y más ancho que él. Para meterle dentro tuve que doblar sus piernas y

juntar sus rodillas con su pecho, atando luego el saco sobre su cabeza. Como mi tío era un hombre pesado, anduve unos pasos trastabillándome hasta llegar a un roble de una de cuyas ramas unos niños habían colgado un columpio. Deposité el saco en el suelo y me senté sobre él para descansar. Entonces, mirando la cuerda, tuve un raptó de inspiración: veinte minutos después mi tío, todavía dentro del saco, se mecía libremente a merced del viento.

Después de bajar la cuerda até fuertemente uno de sus extremos alrededor de la boca del saco, arrojé el otro por encima de una rama e icé el bulto unos cinco pies del suelo. Entonces até también este otro cabo de la cuerda junto al primero y tuve la satisfacción de ver convertido a mi tío en un hermoso péndulo de gran tamaño. Debo añadir que él no era plenamente consciente de la naturaleza del cambio que había experimentado su relación con el mundo exterior, aunque, para hacer justicia a la memoria de un buen hombre, es seguro que, en cualquier caso, no me hubiera hecho perder el tiempo con vanas protestas.

El tío William poseía un carnero que era conocido en toda la región como un gran luchador. Este animal vivía preso de un estado de furia crónica. A causa de alguna agría decepción en las

primeras etapas de su existencia le había declarado la guerra al mundo entero. Decir que lanzaba topetazos contra todo lo que se ponía en su camino es quedarse corto respecto de su infatigable actividad militar: el universo era su enemigo y él constantemente se disparaba contra él. Luchaba como hacen ángeles y demonios: elevándose en el aire y hendiéndolo como un pájaro, describía una parábola que le hacía descender sobre su víctima dibujando un ángulo de incidencia que aprovechaba al máximo su peso y su velocidad. Sus impactos, calculados en toneladas métricas, eran de dimensiones incalculables. En una ocasión había destrozado a un viejo toro de cuatro años de un único golpe dado contra su frente rugosa. Ni una sola pared de piedra había quedado en pie después de una de sus embestidas descendentes; ningún árbol era lo suficientemente duro como para resistírsele: los reducía a astillas y arrastraba por el polvo las condecoraciones de sus hojas. Esta bestia iracunda e implacable, esta encarnación del trueno, este monstruo de los abismos insondables, según pude ver, estaba descansando a la sombra de un árbol cercano, sumido en sueños de conquista y de gloria. Fue al verle cuando se me ocurrió la idea de citarle al campo del honor colgando a su amo del modo descrito.

Después de finalizar los preparativos, balanceé suavemente el péndulo y, después de ponerme a salvo detrás de una roca próxima, di un largo alarido cuya nota final quedó ahogada por una especie de maullido furioso que provenía del interior del saco. En un instante el impresionante morueco se puso en pie y se hizo cargo de un vistazo de la contienda bélica que se avecinaba. Escasos minutos después se había aproximado, resoplando, a unas cincuenta yardas de ese bamboleante enemigo que, avanzando y retrocediendo, parecía estarle retando. De pronto vi cómo la bestia inclinaba su testuz como si ésta le pesara demasiado y, convertida en una fina estela blanca, se entregaba a una carrera en línea recta hasta llegar a unas cuatro yardas de su adversario. Sin casi tiempo para darme cuenta de lo que sucedía, vi cómo corneaba el saco hacia arriba y escuché un horrible golpe seguido de un chillido desgarrador. Mi pobre tío voló tan alto que uno de los cabos de la cuerda sobrepasó la rama a la que estaba atada. Al caer de nuevo, el bulto se quedó un momento quieto y luego comenzó poco a poco a balancearse de nuevo describiendo un arco inverso al anterior. El carnero, que había caído en una confusión de patas, lana y cuernos, se rehízo pronto y, esquivando a su oscilante antagonista, se retiró

sacudiendo la cabeza y pateando el suelo. Cuando alcanzó una distancia similar a aquella que había corrido para lanzar su primer ataque, se detuvo y, como si estuviera murmurando una plegaria por su victoria, volvió a inclinar su cabeza. Luego se entregó a una carrera tan veloz y poco visible como la anterior: un rayo blanco de monstruosas guedejas al viento que acababa disparándose hacia lo alto. Su trayectoria fue en esta ocasión, comparada con la anterior, la correcta, aunque su impaciencia hizo que golpeará a su enemigo antes de que éste alcanzara el punto más bajo del arco. Como consecuencia, comenzó a dar vueltas y más vueltas trazando un círculo horizontal que tenía como radio la mitad de la longitud de la cuerda, que, me había olvidado de decir, era de unos veinte pies de largo. Los alaridos de mi tío, que crecían al acercarse y disminuían al alejarse, hacían que la rapidez de sus giros fueran más perceptibles por el oído que por la vista. Estaba claro que todavía no había recibido un golpe en algún órgano vital. La postura que tenía dentro del saco y la distancia que había entre éste y el suelo impedían que el carnero le golpeará en ningún otro sitio que no fueran sus extremidades inferiores y la parte baja de su espalda. Como una planta cuyas raíces estuvieran enterradas en

tierra venenosa, mi pobre tío estaba muriendo lentamente desde abajo hacia arriba.

Después de la segunda embestida, el carnero no había vuelto a retirarse. El fervor de la batalla hacía que su corazón ardiera, mientras que su cerebro estaba ebrio por el vino del derramamiento de sangre. Al igual que un boxeador que, en su furia, se olvida de la técnica y se aproxima demasiado a su rival, el encolerizado animal se empeñaba en alcanzar, dando torpes saltitos verticales, a su enemigo cada vez que éste pasaba oscilando sobre su cabeza, consiguiendo en ocasiones golpearle débilmente, pero acabando casi siempre derrumbado sobre la tierra a causa de su rabiosa impaciencia. Pero a medida que el impulso del saco fue cesando, disminuyendo su radio y su velocidad y acercándose más al suelo, la bestia acertó más veces sobre él, haciendo que aumentara la calidad de los gritos de mi tío, algo que me regocijó enormemente.

De pronto, como si una corneta hubiera tocado retirada, el carnero dio por finalizada las hostilidades y se retiró resoplando por su gran nariz aquilina y arrancando distraidamente manojos de hierba que iba masticando con parsimonia. Parecía como si se hubiera cansado de los honores del combate y hubiera decidido cambiar la espada

por la reja del arado para cultivar las artes de la paz. Se alejó indolentemente del campo de la fama hasta alcanzar una distancia de un cuarto de milla. Allí se detuvo, dándole la espalda a su enemigo, rumiando y con los ojos semicerrados, aunque, como pude observar, en ocasiones se giraba de manera casi imperceptible para mirarle, lo que me hizo pensar que su indiferencia era más fingida que real.

Mientras tanto, los alaridos de mi tío William y el movimiento del saco habían disminuído mucho. Del interior de éste sólo salían sordos lamentos y, a largos intervalos, mi nombre, pronunciado en tonos tan suplicantes que me henchía de gozo. Estaba claro que el hombre no tenía la más mínima idea de qué le estaba pasando, lo que acrecentaría su terror: cuando la Muerte se presenta envuelta en una capa de misterio es todavía más tenebrosa. Poco a poco se paró del todo el péndulo que aprisionaba a mi tío. Me dirigí a él para darle el golpe de gracia cuando sentí temblar la tierra bajo mis pies por lo que parecían suaves terremotos. Girándome en dirección a donde estaba el carnero, vi cómo se aproximaba, a una velocidad inimaginable, una gran nube de polvo. A una distancia de unas treinta yardas se impulsó en el aire de tal manera que al principio pensé que se

trataba de un enorme pájaro blanco. Su elevación fue tan elegante y precisa que, embobado por la gracilidad que demostraba, apenas me di cuenta de la aceleración que le había imprimido. Hasta el día de hoy tengo la sensación de que algún poder extraño sostuvo al carnero (pues tal era al fin y al cabo ese animal) durante las sucesivas etapas de su vuelo transportándolo con un infinito y tierno cuidado. Mis ojos siguieron su avance por el aire con placer inefable, acrecentado por comparación con el terror que había sentido cuando galopaba por la tierra. El noble animal surcaba el cielo con la cabeza casi oculta entre sus patas delanteras dobladas y con las patas traseras estiradas hacia atrás como las de una garza que ascendiera vertiginosamente.

A una altura de unos cuarenta o cincuenta pies, según calculé a ojo, alcanzó su cenit y pareció detenerse en el aire por un instante; luego, ladeándose repentinamente sin modificar la postura que había adoptado, salió disparado hacia abajo aumentando cada vez más su velocidad, pasó por encima de mi cabeza tronando como una bala de cañón e impactó casi en el centro del cráneo de mi pobre tío. El golpe fue tan terrible que no sólo rompió el cuello del hombre, sino también la cuerda, lo que dejó el cuerpo del fallecido a

merced de la testuz del carnero-meteoro, que acabó convirtiéndolo en pulpa. Fue una hecatombe de tal magnitud que se pararon todos los relojes entre Lone Hand y Dutch Dan, y el catedrático Davidson, un reconocido experto en seísmos, que por casualidad se encontraba en las inmediaciones, se apresuró a calcular que la trayectoria de las sacudidas fue norte-suroeste.

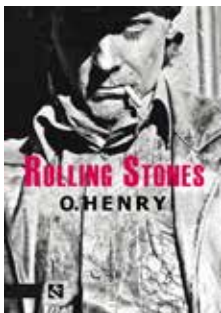
En resumidas cuentas, me atrevo a pensar que, en lo que a atrocidad artística se refiere, el asesinato de mi tío William no ha sido superado hasta la fecha”.

Las aventuras de un autor con su propio héroe

O. Henry

Traducido por M^a Teresa Sánchez

Del libro *Rolling Stones*



Durante todo el día, en realidad, desde el momento en que lo creé, Van Sweller se había comportado correctamente. No negaré que me vi obligado a hacer muchas concesiones; pero él había sido igualmente considerado. Salvando una o dos discrepancias puntuales sobre ciertos aspectos de su comportamiento, por lo general nos movíamos en un sano tira y afloja.

Su aseo matutino fue el origen de nuestro primer encontronazo. Van Sweller abordó la cuestión muy seguro de sí.

-Lo normal, supongo, amigo, -alegó con una sonrisa y un bostezo-. Agarro las sales de baño, y me meto en la bañera. Me recreo un buen rato en el agua, por supuesto. Entenderás que hay dos formas de recibir a Tommy Carmichael cuando se pase por aquí a charlar de polo: puedo hablar con él desde el otro lado de la puerta del baño, o puedo estar picando una chuleta asada que me

ha traído mi sirviente. ¿Cuál de las dos prefieres?

Sonreí con la diabólica satisfacción de prever su desconcierto.

-Ninguna de las dos, -le respondí-. Harás tu aparición en escena cuando corresponda a un gentleman, es decir, cuando hayas terminado de vestirte, acción que indudablemente debe acontecer detrás de una puerta cerrada. Y te estaría enormemente agradecido si, una vez en escena, tu comportamiento y maneras fueran tales que no se hiciera necesario informar a los presentes de que te has dado un baño para no despertar recelos sobre tu aseo personal.

Con una ligera elevación de cejas, Van Sweller replicó:

-Oh, estupendo, -exclamó con cierto resentimiento-. Ya veo que te preocupan más tus lectores que yo. Elimina lo de la bañera por completo, si te parece mejor. Pero es lo normal, ¿sabes?

Aquella pequeña victoria mía no evitó que una vez fuera de las dependencias de Van Sweller en el Beaujolie perdiese una docena de pequeñas pero reñidas batallas. Le permití un cigarro; aunque lo disuadí de la tentación de nombrar expresamente la marca. Pero me dejó fuera de combate cuando me opuse a darle un «abrigo de corte inconfundiblemente inglés». Le permití pavonearse por

Broadway y acepté que «los transeúntes», palabra que no puede faltar en ningún folletín urbano, «se dieran la vuelta para admirar con descaro su erecta figura». Incluso me rebajé hasta darle, como si yo fuera un barbero, una «cara lisa y bronceada de ojos amables y mandíbula firme».

Más tarde se pasó por el club y encontró a Freddy Vavasour, el capitán del equipo de polo, matando las horas con una chuleta asada de calidad certificada.

-Queridísimo amigo mío -comenzó Van Sweller-. Pero, agarrándolo por el cuello de la camisa con mis mejores modales, lo aparté de inmediato.

-Por todos los santos, habla como un hombre -afirmé con contundencia-. ¿Crees que es propio de un hombre emplear esos ridículos y azucarados apelativos? Este señor no es ni querido ni queridísimo amigo tuyo.

Para mi sorpresa Van Sweller me devolvió una mirada de auténtico regocijo.

-Cuánto me alegra oírte decir eso -se apresuró a responder entusiasmado-. Empleo esas palabras porque me veo tan a menudo obligado a hacerlo. Dan verdadera vergüenza. Gracias por la corrección, queridísimo amigo mío.

Aun así, debo reconocer que la conducta de Van Sweller aquella mañana en el parque fue

prácticamente impecable. El valor, el brío, la modestia, la pericia y la fidelidad que demostró repararon todos sus agravios.

La historia transcurre así: Van Sweller había pertenecido a los Rugged Riders, un regimiento de caballería que participó en una conocida guerra contra un país extranjero. Entre sus camaradas se encuentra Lawrence O'Roon, a quien Van Sweller tiene en gran estima. Misteriosamente, y no sin cierto riesgo narrativo, Van Sweller y O'Roon guardan un fascinante parecido en el rostro, en las formas y en el aspecto en general. Tras la guerra Van Sweller se convierte en un hombre influyente y O'Roon es nombrado miembro de la Policía Montada.

Una noche los viejos camaradas se reúnen en Nueva York para conmemorar a tragos las viejas hazañas, y al despertar a la mañana siguiente, el policía O'Roon, poco habituado a los licores fuertes -otra premisa arriesgada en narrativa- aterriza sobre un suelo que cocea y brinca como un cimarrón, sin hallar estribo en el que meter el pie para salvar su honor y su insignia.

¿Noblesse oblige? Sin lugar a dudas. Por ello Hudson Van Sweller decide salir al trote por las carreteras y caminos de herraduras con el uniforme de su camarada incapacitado, tan parecido a

él como un guisante francés a un petit pois.

Aunque sea obviamente una mera diversión para él, que disfruta de capital y de posición social suficiente para disfrazarse incluso de Jefe de Policía y ejercer su cargo con impunidad, si lo desea, la gente, poco dada a escrutar los rostros de la policía montada, tampoco advierte nada distinto en el guardia que hace la ronda.

Entonces llega la escena del rescate: el carruaje que se balancea, los caballos desbocados precipitándose torpemente sobre la cola de vehículos que deshacen la formación, el conductor que sujeta como un pasmarote las riendas rotas, y el rostro marfileño de la señorita Amy Ffolliott mientras trata de agarrarse desesperadamente con sus frágiles manos. El miedo a su paso le ha dejado una expresión pensativa y ligeramente suplicante, pues al fin y al cabo la vida no es tan amarga como para perderla de ese modo.

Y de repente ¡el arranque y el descenso en picado del policía a caballo Van Sweller! Oh, fue... pero la historia aún no se ha publicado, cuando vea la luz descubrirán cómo salió disparado tras el carruaje en peligro. El Admirable Crichton, el rey Creso, un Centauro... todo en uno, lanzándose a la caza con todas las de ganar. Cuando la tengan en sus manos podrán admirar la sobrecogedora

escena en la que Van Sweller detiene el tiro de caballos descontrolados. Y entonces mira a Amy Ffolliott a los ojos y ve dos cosas: la posibilidad de una felicidad anhelada desde hace tiempo y la promesa naciente de la misma. Ella no lo conoce; pero permanece a su lado iluminada por la poderosa gloria del héroe, ella le pertenece a él y él a ella, en virtud de todas las leyes áureas, delicadas e irracionales de las novelas románticas.

Ay, ese es un momento espléndido. Y les sorprenderá descubrir a Van Sweller en ese preciso instante de tiempo pensando en su camarada O'Roon, que maldice su cama giratoria y sus inútiles piernas en una habitación del hotel de West Side, mientras Van Sweller lleva su insignia y su honor.

Van Sweller oye la estimulante voz de la Srta. Ffolliott solicitando el nombre de su salvador. Si es Hudson Van Sweller con el uniforme de policía quien ha salvado la vida de la bella palpitante en el parque ¿Dónde está el policía montado O'Roon, en cuyo territorio se ha producido el incidente? ¡Lo rápido que podría descubrirse el héroe con una sola palabra, liberándose de su máscara y duplicando el romance! ¡Pero por encima de todo está su amigo!

Van Sweller se toca el ala del sombrero.

-No tiene importancia, señorita -afirma sin flaquezas-; nos pagan para ello, es nuestro deber.

Y se aleja cabalgando. Pero la historia no termina ahí.

Como he dicho, Van Sweller completó la escena del parque a mi entera satisfacción. Se comportó como un héroe cuando renunció, por el bien de su amigo, a la romántica promesa de su aventura. Fue unas horas más tarde, a la hora de abordar las convenciones más duras que asume el héroe en sociedad, cuando tuvimos nuestro más intenso desacuerdo. Al mediodía fue al cuarto de O'Roon y lo encontró recuperado para volver a su puesto, lo que hizo sin más dilación.

Alrededor de las seis en punto de la tarde Van Sweller señalando su reloj, me dirigió una mirada incisiva y astuta que me hizo sospechar al instante.

-Hora de vestirse para la cena, amigo, -dijo con excesiva despreocupación.

-Muy bien, -respondí sin darle pistas sobre mis sospechas-; iré contigo al cuarto para comprobar que haces las cosas debidamente. Supongo que un escritor debe hacer de mayordomo para el héroe de sus relatos.

Fingió aceptar con agrado mi propuesta de acompañarlo, pero me di cuenta de que le molestaba, lo que avivó en mi mente la convicción

de que estaba tramando algo.

Una vez en sus aposentos me dijo con aire paternalista:

-Como sabrás, hay un número considerablemente alto de elementos distintivos a convenir sobre el proceso de vestirse. Algunos escritores dependen casi por completo de ellos. Supongo que ahora voy a llamar a mi sirviente y que él va a entrar sigilosamente con rostro inexpresivo.

-Él va a «entrar» -me impuse-, y únicamente «entrar». Los mayordomos no suelen entrar a las habitaciones cantando a gritos canciones universitarias ni con el baile de San Vito en la cara; se asume lo contrario sin afirmaciones fatuas o gratuitas.

-Debo pedirte que me perdones -continuó Van Sweller con elegancia-, por importunarte con preguntas, pero algunos de tus métodos narrativos son nuevos para mí. ¿Puedo llevar un traje de dos piezas con una pajarita blanca inmaculada, o estaremos faltando a alguna otra convención?

-Llevarás un traje de chaqué -respondí-, como hace todo gentleman. Si tiene dos piezas o no, será responsabilidad del sastre. Y dejaré a tu supuesta erudición la decisión de si una pajarita blanca es más blanca por ser inmaculada, y a tu conciencia si una pajarita que no sea blanca, y por tanto no

inmaculada, podría de algún modo formar parte del traje de un gentleman. De lo contrario, la pajarita idónea se incluye y se entiende dentro del término «traje», y añadirla expresamente conlleva o bien una redundancia en el discurso o el espectáculo de un hombre llevando dos corbatas a la vez.

Con este suave, aunque merecido, reproche dejé a Van Sweller en el vestidor, y le esperé en su biblioteca.

Una hora más tarde salió su mayordomo, y oí cómo llamaba para pedir un taxi. Entonces salió Van Sweller sonriendo pero con ese dibujo ladino en sus ojos que me confundía.

-Supongo que iré al Café Martin a cenar -añadió como si nada mientras se embutía un guante.

Sus palabras me hicieron enfadar. Así que aquella era la broma de mal gusto que planeaba gastarme. Le devolví una mirada tan severa que hasta su pose aristocrática se tambaleó.

-No con mi consentimiento. ¿Qué manera es esa de devolverme -exclamé acaloradamente- todos los favores que te he hecho? Te puse un «Van» en el nombre cuando te tendría que haber puesto «Perkins» o «Simpson». Me he rebajado hasta vanagloriar tus caballos de polo, tus automóviles, los músculos de acero que adquiriste en remo con

los ocho invencibles de tu equipo universitario, u once, lo que sea. Te creé para ser el héroe de esta historia y no permitiré que la enrarezcas. He intentado hacer de ti un joven gentleman neoyorquino de alta alcurnia. No puedes quejarte del trato que te he dado. Amy Ffolliott, la chica a la que pronto seducirás, es un premio por el que cualquiera estaría agradecido, y no puede ser igualada en belleza, siempre que la historia la illustre el dibujante adecuado. No entiendo por qué quieres arruinarlo todo. Pensé que eras un gentleman.

-¿Cuál es tu problema? -preguntó Van Sweller sorprendido.

-Que cenas en Café Martin. -respondí-. El placer sería tuyo, sin duda, pero la responsabilidad caería sobre mí. Intentas deliberadamente convertirme en un vulgar charlatán por un simple restaurante. El sitio donde quieres cenar esta noche no tiene la más remota conexión con la trama de la historia. Sabes perfectamente que la trama exige que estés frente al Alhambra Opera House a las 11:30 donde rescatarás a la señorita Ffolliott por segunda vez cuando el camión de bomberos se estrelle contra su coche. Hasta ese momento tus movimientos son imperceptibles para el lector. ¿Es que no puedes cenar fuera de

la vista, como hacen otros tantos héroes, en lugar de insistir en una exhibición inadecuada y vulgar de tu persona?

-Mi querido amigo, -corrigió Van Sweller con buenos modales pero con una tirantez de labios propia de la testarudez-, lamento si no te gusta, pero no hay remedio. Incluso el protagonista de una historia tiene derechos que su autor no puede obviar. El héroe de una historia ambientada en Nueva York debe cenar en Café Martin al menos una vez durante su actuación.

-¿Debe? -repetí con desdén- ¿Por qué debe? ¿Quién lo exige?

-Los editores de las revistas -respondió Van Sweller acompañándolo de una mirada de advertencia.

-¿Por qué? -insistí.

-Para agradar a los suscriptores de Kankakee, Illinois -dijo Van Sweller sin titubear.

-¿Cómo sabes eso? -pregunté de repente con sospecha-. No existías hasta esta misma mañana. Solo eres un personaje de ficción de todos modos. Yo mismo te creé. ¿Cómo es posible que sepas nada?

-Discúlpame por mencionarlo, -dijo Van Sweller con una sonrisa empática-, pero he sido el héroe de cientos de historias de este tipo.

Sentí un rubor subiendo por mis mejillas.

-Creía... -titubeé-; esperaba... que fueras... Vale, de acuerdo, una concepción absolutamente original en narrativa es imposible hoy en día.

-Los tipos metropolitanos -continuó Van Sweller con amabilidad-, no ofrecen mucho margen a la originalidad. Me he pavoneado por todas las historias prácticamente de la misma forma. De vez en cuando las mujeres escritoras me meten en alguna aventura inusitada para un gentleman; pero los hombres generalmente me pasean de una a otra sin mucho cambio. Y en ninguna historia he dejado de cenar en el Café Martin.

-Esta vez no lo harás -remarqué con énfasis.

-Quizás, -admitió Van Sweller, mirando la calle a través de la ventana- pero en ese caso sería la primera vez. Todos los escritores me mandan allí. Imagino que muchos de ellos se quedan con las ganas de acompañarme, salvo por el pequeño detalle del gasto.

-Repito que no haré publicidad de ningún restaurante -insistí en voz alta-. Estás sujeto a mi voluntad, y declaro que no harás acto de presencia esta tarde hasta que llegue la hora de rescatar a la señorita Ffolliott de nuevo. Si los lectores son incapaces de concebir que has cenado durante ese intervalo en alguno de los cientos de estable-

cimientos provistos a tal efecto, que no disfrutaban de apartados publicitarios en esta revista ¡Como si quieren suponer que has ido en ayunas!

-Gracias -respondió Van Sweller sin inmutarse -, tus modales dejan mucho que desear. ¡Pero cuidado! Corre de tu propia cuenta y riesgo ese intento tuyo de ignorar un principio fundamental en la narrativa metropolitana, que afecta tanto al autor como al lector. Me ocuparé, por supuesto, de mis obligaciones cuando llegue el momento de rescatar a la heroína; pero te advierto que serás tú el que pierda si no me envías esta noche a cenar al Café Martin.

-Asumo las consecuencias en caso de que las haya. Todavía no es mi labor hacer de hombre cartel para ningún restaurante.

Me dirigía a una mesa donde había dejado mi bastón y mis guantes cuando escuché el sonido del claxon del taxi que aguardaba abajo y me di la vuelta al instante. Van Sweller se había marchado.

Bajé a toda prisa las escaleras y salí a la calle. Un coche vacío pasaba por allí y sin pensarlo dos veces detuve a su conductor.

-¿Ve aquel coche que va por mitad de la avenida? -le grité-. Sígalo. No lo pierda de vista en ningún momento, y le daré dos dólares.

Si yo hubiera sido uno de los protagonistas de

mis historias en lugar de mí mismo, le hubiera ofrecido fácilmente diez, veinticinco o incluso cien dólares. Pero dos dólares era todo lo que me sentía en derecho de gastar, teniendo en cuenta el precio al que se paga la narrativa hoy en día.

El conductor del coche, en lugar de atizar a los caballos para que acelerasen el paso, procedió a un trote deliberado más propio de un servicio por horas.

Pero yo sospechaba cual sería el trayecto de Van Sweller; y apenas lo perdimos de vista ordené al conductor que se dirigiera de inmediato al Café Martin.

Encontré a Van Sweller sentado en una mesa bajo una palmera, echando un vistazo al menú, con un camarero optimista pegado a su codo.

-Ven conmigo, -ordené-. No me darás esquinazo de nuevo. No te quitaré el ojo de encima hasta las 11:30.

Van Sweller canceló lo que había pedido, y se levantó para acompañarme. No podía hacer menos. Un personaje de ficción carece de los recursos necesarios para resistirse a un hambriento pero vivo autor que viene a sacarlo a rastras de un restaurante. Se limitó a decir:

-Has llegado a tiempo; pero creo que cometes un grave error. No puedes permitirte ignorar los

deseos del público lector.

Llevé a Van Sweller hasta mi casa...hasta mi cuarto. No habíamos pisado el lugar antes.

-Siéntate en ese banco, mientras vigilo si la casera está al acecho. Si no, iré a pillar algo a la tienda de delicatessen de abajo, y lo cocinaré en el hornillo. Se podrá comer. Por supuesto nada de esto aparecerá en la historia.

-¡Ostras, viejo! -dijo Van Sweller mirando a su alrededor con interés- ¡Vaya armarito bonito en el que vives! ¿Dónde demonios duermes? Ah, aquello se baja. ¿Y qué es eso bajo la esquina de la alfombra? Oh, ¡una sartén! Ya veo, muy ingenioso. ¡Cocinar en el hornillo! ¡Será un espectáculo verlo!

-¿Te apetece algo en especial? -pregunté-; ¿un filete, o qué?

-Cualquier cosa -dijo Van Sweller con entusiasmo- menos chuleta asada.

Dos semanas más tarde el cartero me trajo un gran sobre abultado. Lo abrí, extraje algo que ya había visto antes, y esta carta mecanografiada de una revista que publica narrativa de sociedad.

Le devolvemos su relato «La insignia del policía O'Roon».

Lamentamos que no haya sido seleccionada para su publicación, pero carece de

algunos requisitos esenciales para nuestra revista. La construcción de la historia es espléndida, tiene un estilo audaz e inimitable, y tanto la acción como el personaje principal merecen nuestra más sincera enhorabuena. Como historia en sí misma supera en mérito a muchas de las obras que hemos leído últimamente. Sin embargo, como le decíamos, no cumple algunos de los estándares que hemos establecido.

¿No podría volver a escribir la historia, inyectándole cierta atmósfera social, y devolvérsela para una segunda valoración? Le recomendamos que haga al protagonista, Van Sweller, ir a almorzar o cenar un par de veces al Café Martin o al Café Des Beaux Arts, lo que bastaría para satisfacer los cambios a los que nos referíamos.

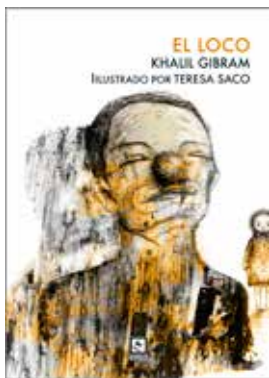
Muy atentamente,
LA REDACCIÓN

Últimos títulos de Traspiés



Adios señorita Logan
J. M. Barrie
Ilustrado por Javier Miralles

Adiós, Señorita Logan, subtitulada como Un cuento de invierno, es una historia de fantasmas del aclamado autor de Peter Pan. Se publicó por primera vez como un suplemento del diario The Times en la Navidad de 1931. J. M. Barrie despliega en esta historia ambientada en Escocia todo su sentido del humor, y abunda en sus temas habituales como son la dicotomía entre realidad y fantasía, o las trampas de la juventud.



El loco

Khalil Gibram

Ilustrado por Teresa Saco

Treinta y cinco años contaba Khalil Gibran en el momento de escribir *El loco*, pero a sus espaldas llevaba un amplio y rico bagaje cultural adquirido en Líbano, Estados Unidos y Francia. Letras y pintura, conversaciones y lecturas, drogas y alcohol, junto con un espíritu inquieto, constituían ya por entonces el universo de un autor único en el mundo árabe, portavoz una generación sin par, la de La Emigración (al-Mahar). Moderna pero deudora de ancestrales tradiciones literarias orientales.

Escrito con una prosa única, impregnada de misticismo poético, en *El loco* se funden los géneros breves y la narración larga, la lírica y la prosa reflexiva.

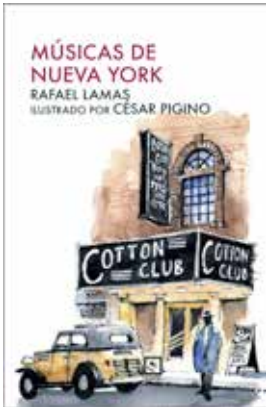


EL hombre
que amaba las islas
D. H. Lawrence
Ilustrado por
Begoña Fumero

Cathcart salta de una isla a otra en busca del paraíso terrenal, pero este se le revela huidizo. No lo encuentra en la vida en comunidad de la primera isla, ni en el matrimonio de la segunda, ni en la soledad de la tercera.

El hombre que amaba las islas es una mezcla de lo salvaje y lo onírico donde Lawrence, a través de su personaje principal, nos muestra la incomodidad ante una sociedad de la que no se siente partícipe, y cómo, en su búsqueda, descubre que el Paraíso no dista tanto del Infierno.

Libros de viaje



Músicas de Nueva York
Rafael Lamas
Ilustrado por
César Pigino

Músicas de Nueva York nos ofrece un recorrido por la ciudad de los rascacielos y los lugares emblemáticos de su universo musical: los grandes teatros, las salas de concierto, pero también los estudios de grabación o los lugares donde vivieron las estrellas. Templos como el Belasco o el Cotton Club, cantantes como Billie Holiday, intérpretes como Astor Piazzola, pianistas como Sergei Rachmaninoff o Bill Evans componen y dan forma a *Músicas de Nueva York*.





Málaga.
Cuaderno de viaje
Mónica López
Ilustrado por
Rafael Comino Casas

Fenicios, romanos, árabes, cristianos, todos los pueblos que han pasado por Malaka han dejado su huella en la llamada Ciudad del paraíso. Tomando como punto de partida la literatura, Mónica López Soler pasea por las numerosas ciudades que conforman Málaga, se asoma a sus rincones e indaga en su personalidad, recuperando sus leyendas y exponiendo sus conflictos. Un paseo cuyo fin es el recorrido en sí mismo y que nos ayudará a encontrar nuestra propia Ciudad del paraíso.



Hace siglos unos jóvenes aislados por la cuarentena en las afueras de Florencia se dedicaron a contar cuentos hasta completar uno de los libros más fascinantes: el Decamerón. En esta nueva cuarentena Ediciones Traspies pone a disposición de los lectores relatos que les harán reír, llorar o entusiasmarse, sin salir de casa.

